21. El Dolor Piadoso Produce Arrepentimiento

Review and Herald, 8 de febrero de 1906

Dos veces durante el reinado de Salomón, el Señor se le había aparecido con palabras de aprobación y consejo. Poco después de ascender al trono, el rey pasó por una experiencia notable en Gabaón, donde el Señor, después de prometerle sabiduría, riquezas y honor, le amonestó a permanecer obediente y humilde.

1 Reyes 3

«Anda en mis caminos, [Él aconsejó al joven rey,] para guardar mis estatutos y mis mandamientos.» (1 Reyes 3:14)

Y después de la dedicación del templo,

1 Reyes 9

«El Señor apareció a Salomón por segunda vez» (1 Reyes 9:2)

—y le exhortó a permanecer fiel a su sagrada confianza:

«Anda delante de mí, [el Señor suplicó,] como anduvo David tu padre, en integridad de corazón y en rectitud, para hacer conforme a todo lo que te he mandado.» (1 Reyes 9:4)

Como recompensa por la obediencia, el Señor declaró:

«Yo afirmaré para siempre el trono de tu reino sobre Israel, como prometí a David tu padre, diciendo: No te faltará varón en el trono de Israel.» (1 Reyes 9:5)

Claras son estas amonestaciones, maravillosas estas promesas de prosperidad a condición de obediencia; y sin embargo, de aquel que en circunstancias, en carácter y en vida parecía favorecido por encima de todos los demás, se registra que:

1 Reyes 11

«...su corazón se apartó del Señor Dios de Israel, que se le había aparecido dos veces,» (1 Reyes 11:9)

«y le había mandado acerca de esto, que no siguiera a otros dioses; pero él no guardó lo que le mandó el Señor.» (1 Reyes 11:10)

La apostasía de Salomón fue tan completa, su corazón se endureció tanto en la transgresión, que su caso parecía casi sin esperanza. Pero el Señor, en su infinita misericordia, no lo abandonó. Por medio de terribles juicios y de palabras de severa reprensión, procuró despertar al rey para que se diera cuenta de la pecaminosidad del pecado. La protección de Dios le fue retirada, y se permitió que adversarios lo acosaran y debilitaran.

1 Reyes 11

«El Señor levantó un adversario a Salomón, Hadad el edomita.» (1 Reyes 11:14)

«Dios también le levantó otro adversario, Rezón,...» (1 Reyes 11:23)

«...capitán de una banda,...» (1 Reyes 11:24)

«...[quien] aborreció a Israel y reinó sobre Siria.» (1 Reyes 11:25)

«Y Jeroboam,...siervo de Salomón,...» (1 Reyes 11:26)

«...varón valiente y esforzado,...» (1 Reyes 11:27)

«...también él alzó su mano contra el rey.» (1 Reyes 11:26)

Dios habló a Salomón no solo por medio de estos juicios, sino también a través de un profeta, quien entregó el sorprendente mensaje:

«Por cuanto ha habido esto en ti, y no has guardado mi pacto y mis estatutos que yo te mandé, ciertamente arrancaré el reino de ti, y lo daré a tu siervo.» (1 Reyes 11:11)

«Con todo, no lo haré en tus días, por amor a David tu padre; sino que lo arrancaré de la mano de tu hijo.» (1 Reyes 11:12)

Cuando Salomón escuchó esta terrible denuncia, despertó como de un sueño. Su locura comenzó a revelársele en su verdadera luz. Por su propia amarga experiencia, había aprendido la vacuidad de una vida que busca su bien más elevado en las cosas terrenales. Había erigido altares a dioses paganos, solo para aprender cuán vana es su promesa de descanso para el alma.

Y ahora, en sus últimos años, Salomón volvió a beber de la fuente de la vida. Para él, finalmente, la disciplina del sufrimiento cumplió su obra.

El Libro de Eclesiastés

La historia de los años desperdiciados del rey, con sus lecciones de advertencia, él la registró por el Espíritu de inspiración para las generaciones futuras. Y así, aunque la semilla de su siembra fue cosechada por su pueblo en cosechas de maldad, la obra de la vida de Salomón no se perdió del todo.

Castigado, quebrantado de espíritu, no confiando en su propio poder, sino en el poder de Aquel que es *«más alto que lo más alto»*, reconoció que:

«...el corazón de los hijos de los hombres está lleno de mal, y de locura en su corazón.» (Eclesiastés 9:3)

Siempre que se les dejaba a su propio arbitrio, confesaba,

«...ellos buscaron muchas invenciones.» (Eclesiastés 7:29)

Y,

«Por cuanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, por eso el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal.» (Eclesiastés 8:11)

Por su propia experiencia, Salomón aprendió que,

«Aunque el pecador haga mal cien veces, y se le prolonguen los días, con todo yo sé ciertamente que les irá bien a los que temen a Dios, a los que temen delante de él;» (Eclesiastés 8:12)

«pero al impío no le irá bien, ni le serán prolongados los días, que son como una sombra; por cuanto no teme delante de Dios.» (Eclesiastés 8:13)

Con mansedumbre y humildad, Salomón...

«...enseñó al pueblo sabiduría; y escuchó, e investigó, y puso en orden muchos proverbios.» (Eclesiastés 12:9)

«[Él] procuró hallar palabras agradables, y lo escrito fue recto, aun palabras de verdad.» (Eclesiastés 12:10)

«Las palabras de los sabios, [declaró,] son como aguijones; y como clavos hincados por los maestros de las asambleas, dadas por un pastor.» (Eclesiastés 12:11)

«Y más que esto, hijo mío, sé amonestado.» (Eclesiastés 12:12)

«El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre.» (Eclesiastés 12:13)

«Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala.» (Eclesiastés 12:14)

Un Llamamiento Conmovedor

El verdadero penitente no borra de su memoria sus pecados pasados. No se vuelve despreocupado respecto a los errores que ha cometido tan pronto como ha obtenido paz. Piensa en cuántos han sido inducidos al mal por su mal camino, y procura de todas las maneras posibles ayudar a aquellos a quienes ha guiado por sendas equivocadas.

Cuanto más clara es la luz en la que ha entrado al regresar al Señor, más fuerte es su deseo de poner los pies de otros en el camino correcto. No encubre su curso descarriado, haciendo de su error una cosa ligera, sino que alza la señal de peligro para que otros puedan tomar advertencia. Camina humilde y cuidadosamente, con los ojos fijos en su Líder.

Los escritos posteriores de Salomón revelan que él se dio cuenta de la maldad de su camino y procuró advertir a aquellos que estaban en peligro de extraviarse. Con tristeza y vergüenza confesó que en la flor de su juventud, cuando debió haber encontrado en Dios su consuelo, su apoyo, su vida, había perdido de vista la rica experiencia de su juventud y las señaladas bendiciones otorgadas en el tiempo de la dedicación del templo.

¡Cuán triste la confesión registrada en Eclesiastés! Por un tiempo, se había apartado de la luz del cielo y de la sabiduría de Dios; había confundido la idolatría con la religión. Después de que el rey se arrepintió y regresó a su lealtad a Dios, hizo un llamado especial a aquellos que aún estaban en los primeros años de vida. Su anhelante deseo de salvar a otros de la amarga experiencia por la que él había pasado, se revela claramente en este conmovedor llamado:

Eclesiastés 11

«Ciertamente dulce es la luz, y agradable a los ojos ver el sol.» (Eclesiastés 11:7)

«Así pues, si el hombre vive muchos años, y en todos ellos se regocija, recuerde los días de oscuridad, que serán muchos. Todo cuanto viene es vanidad.» (Eclesiastés 11:8)

«Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia; y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos; pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios.» (Eclesiastés 11:9)

«Quita, pues, de tu corazón el enojo, y aparta de tu carne el mal; porque la adolescencia y la juventud son vanidad,» (Eclesiastés 11:10)

—pronto pasan.

Eclesiastés 12

«Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento;» (Eclesiastés 12:1)

«antes que se oscurezca el sol, y la luz, y la luna y las estrellas, y vuelvan las nubes tras la lluvia;» (Eclesiastés 12:2)

«cuando temblarán los guardias de la casa, y se encorvarán los hombres fuertes, y cesarán las muelas porque han disminuido, y se oscurecerán los que miran por las ventanas;» (Eclesiastés 12:3)

«y las puertas de la calle se cerrarán, por el abatimiento de la voz del molino; y se levantará a la voz del ave, y todas las hijas del canto serán abatidas;» (Eclesiastés 12:4)

«cuando también temerán de lo que es alto, y habrá terrores en el camino; y florecerá el almendro, y la langosta será una carga, y se reventará la alcaparra; porque el hombre va a su morada eterna, y los endechadores andarán alrededor por las calles;» (Eclesiastés 12:5)

«antes que la cadena de plata se rompa, y se quiebre el cuenco de oro, y el cántaro se quiebre junto a la fuente, y la rueda se rompa en el pozo;» (Eclesiastés 12:6)

«y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio.» (Eclesiastés 12:7)

La Esperanza del Penitente

Cristo, el don del Padre a nuestro mundo, es la esperanza y la eficacia del penitente. En Él se centran todas las esperanzas de vida eterna. Él es nuestro abogado en las cortes celestiales. Él está intercediendo en nuestro favor. Sin su gracia, no se puede hacer progreso alguno en la gracia espiritual. El penitente no puede dar un solo paso en sinceridad, en veracidad, en justicia, sin la ayuda del Señor Jesús. Por esta ayuda, roguemos con la mayor vehemencia.

Por ningún poder propio podría Salomón haberse librado de la trampa de Satanás. Por ningún medio humano podría haber sido limpiado de la corrupción del pecado. Sin ayuda divina, habría descendido más y más. Solo al venir a Jesús en humildad y contrición, con una confesión sincera del pecado; solo al hacer una entrega total; solo a través de los méritos de la justicia de Cristo, podía esperar ser liberado de la trampa del enemigo y ser limpiado.

«Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de la cual no hay que arrepentirse.» (2 Corintios 7:10)

El verdadero arrepentimiento nunca puede ser confundido. Produce frutos que testifican de su propia autenticidad. El yo es subyugado; Cristo es magnificado.

Las palabras y hechos del verdaderamente arrepentido dan testimonio de que el suyo es un arrepentimiento del que no hay que arrepentirse. Ofrecerán peticiones fervientes por gracia fresca, por nuevas provisiones de fuerza, por la eficacia y el poder del Espíritu Santo, prometido a todos los que piden con fe.

El alma verdaderamente penitente alcanzará altos logros de santidad, paz y gozo. Pero nunca olvidará que todo se lo debe al Salvador. Un sentimiento de profunda humillación y contrición llenará su corazón, y se postrará humildemente ante Dios.

El Espíritu de Dios Obra el Arrepentimiento en el Alma

(Alegorías Religiosas, 1848)
De rodillas dobladas, lleno de piadoso pesar,
Mira, donde el doliente se arrodilla buscando alivio;

No, «Dios, te doy gracias» se congela en su lengua,
Por obras de mérito que a él le pertenecen:
En lo profundo de su alma, la reja del arado de la convicción resuena,
Y a la superficie su corrupción saca;
Se aborrece a sí mismo, en el polvo más bajo yace,
Y totalmente humillado, «¡Inmundo, inmundo!» exclama.
De su corazón desbordante brota el torrente de súplica,
«¡Dios de los perdidos, ten misericordia de mí!»
La luz de la vida desciende en rayos celestiales,
Y los ángeles gritan y cantan: «¡Mirad, él ora!»